

simbólicas figuras, misteriosa página de ese libro sagrado, que parece un celestial mensaje del mismo Dios, y que según donde va á parar, infunde esperanza á los esclavos ó terror á los tiranos. De esta suerte germinará por sí misma la verdad, que voy sembrando á trozos, en el seno de la corrupcion; y si he de morir ignorado en esta gruta, al ménos habré dejado tras mí el santo nombre de Dios!»

Los amantes escuchaban confusos tantas maravillas: todo un mundo nuevo vibraba en sus oídos; y no atreviéndose á hablar, su tímida mirada pasaba del libro al águila y de ésta al anciano. La imágen del gran Dios que hacia tales milagros preparaba en secreto su alma á aquellos oráculos. Daidha, avergonzada de sus viles dioses de madera, los ocultaba entre sus dedos debajo de sus cabellos sueltos; y Cedar volvía á encontrar á Dios en su alma como un fuego cuya llama reanimara el viento. Ambos ardían en deseos de escuchar los acentos de aquella voz sin boca invisible á sus sentidos, de aquel libro divino en que el santo solitario leía los grandes secretos del cielo y de la tierra. El viejo lo tenía cerrado sobre sus rodillas: pero conociendo en las miradas de los esposos sus deseos, se lo hizo besar con los ojos y con la boca, como cuando la reverencia nos hace besar lo que tocamos; en seguida lo abrió con su diestra y leyó al azar, aquí, allá, en esta ó en la otra página en que fijaba por casualidad la vista, y su voz, más grave y más sonora al leer, adquiría una entonación sobrenatural, semejante á la del órgano de un templo que hiciera resonar en la tierra las palabras de Dios!



OCTAVA VISION

FRAGMENTO DEL LIBRO PRIMITIVO.

«¡Hombres! Al adorar estas páginas, no digais:—Un dios las escribió por mano de sus sabios.—Dios no corta para sí la pluma de caña, ni el buril de metal, ni el ala del ave; no escribe su nombre cual pudiera un niño jugando en el barro ó en una hoja. ¿Qué mármol, ó que granito, qué bronce ó qué metal no se fundirían bajo su mano si su dedo llegase á tocarlos? No encierra el pensamiento eterno en una letra tan pronto muerta como trazada. Las lenguas que zumba un insecto en la tierra no contendrían ese pensamiento si en sonidos estuviese! Para proferir la inefable palabra de Dios, ¿que significa un soplo humano que chocha con el viento fugaz?

»La lengua que él escribe es un cántico sempiterno; sus caracteres son esos astros, mundos del firmamento, y más allá de los cielos otros caracteres más profundos; mundos centellantes velados por otros mundos. El único libro en que escribe su nombre siempre creciente es tu espíritu, oh hombre; es tu razón, espejo de la inteligencia supremo, en el que se refleja alguna sombra de sí mismo al través de las tinieblas

de tu mente. Nos habla, oh mortal, pero sólo por intermedio de ese sentido! ¡Toda boca humana altera sus acentos: la inteligencia en nosotros, fuera de nosotros la naturaleza; tales son las voces de Dios: lo demás es impostura!

.....

.....

»Si digo que este libro es de Dios, contestad: «¡No!» Este libro deletrea á su vez alguna letra del gran nombre, escribe algunos sonidos símbolo del infinito que el espíritu trasmite verbalmente al espíritu; pero llegarán otros hombres más sabios que nosotros para escribir á su vez, y borrarán nuestras líneas. La gota de agua que tiembla en la yerba matinal ¿contiene acaso toda la luz del día? El Océano sin límites, parecido al firmamento, ¿absorbe todos los rayos del sol? El firmamento sin fondo del que destila la aurora ¿no derrama sobre ellos su claridad gota á gota? Pues lo que sucede con la luz, hijos, sucede también con nuestro espíritu. El agua se seca en la hoja y el Océano mengua: el infinito sólo se pinta parcialmente en nuestros ojos, y si la verdad nos alumbraba, sólo es á rápidos destellos.

.....

.....

»Dios dice á la Razon: «Yo soy el que soy; engendrado por mí mismo, de mí mismo vivo; cualquier nombre que se me dé me vela ó me profana, pero el mundo es diáfano para revelarme. Nada me explica, y yo solo explico el universo; me cree ver en él y sólo se me ve al través de él; si se rompiera ese gran espejo, yo seguiria brillando! ¿Quién puede separar el rayo de la aurora? Aquel de quien salió todo, lo contenia todo en sí: ese mundo es mi mirada que se contempla en mí

.....

.....

»Si alguno de vosotros, adorando su pensamiento, dijese: —La bóveda de los cielos ha bajado en mi presencia; el invisible ha aparecido visible ante mis ojos;—no permitais que otros den crédito á tan mezquina idea, pues ya sea durmien-

do en un sueño del alma, en la inflamada nube, en la onda ó en la llama, en el sagrado estremecimiento que recorre la piel, en el fondo del firmamento trasparente como el agua, en las letras de fuego que la estrella imprime en el cielo y sea cualquiera el nombre con que se vele un fetiche, aún cuando el cielo se rasgara para descubrirme, Dios no descenderia hasta una mirada carnal. El que lo contiene todo en su inmensa naturaleza, sólo desciende á vuestra inteligencia en aislados destellos! ¡La mirada de la materia no puede ver el espíritu. El círculo sin límites en el que todo está inscrito no se concentra en la estrecha pupila. ¿Qué hora podrá contener en sí la eternidad? ¡A los límites del infinito no ha llegado vista alguna, y por más que ensancharais los cielos, siempre estaria yo más allá!...

.....

.....

.....

»Pero cada sér me mide con arreglo á su tamaño: las hormigas comparándose con el arador, el hombre con la naturaleza, y los soles, para los cuales el siglo es un instante, con esos mundos de fuego, polvo del firmamento! Cada cual, impalpable partícula de mi obra, refleja una tenue chispa de mí mismo: para mí no tiene límites el tiempo ni el espacio. ¡Hombres! ¡Sólo el infinito es la forma de Dios!

.....

.....

.....

»El único ojo que me ve es vuestra inteligencia, fuerza que no conoce masa ni distancia, sustancia trasparente en la que se proyecta mi sombra, noche que se ilumina y se tiñe con mi claridad. Ella sola profiere á toda criatura la revelacion de la inmensa naturaleza. El pensamiento es la lengua que media entre el mundo y yo..... Ningun sér vive sin llevarla en sí mismo. Mi sér es el gran fruto del árbol de la ciencia, sazonado en cada conciencia por mi mirada, y cuanto más la ilumina ésta, más resplandezco en ella. Al desarrollarse el

en otra parte.» No busqueis con la vista detrás de las nubes, en el fondo de ese mar sin orillas llamado firmamento, cuál es el cielo de los cielos habitado lleno de Dios: para Jehovah no hay lugar ni distancia: lo que es incórporeo no conoce espacio; no busqueis el sitio de lo que todo lo llena: contempladle con el alma y no con los ojos: ignorarle ó verle, es el infierno ó el cielo.

» Hallad á Dios; su idea es la razon del sér; la obra del universo consiste en conocerle. Todo cuanto él ha creado no es más que una aspiracion hácia aquel cuya emanacion es el mundo. El eterno movimiento que rige la á naturaleza no es otra cosa sino ese afan de toda criatura por conformar su marcha sobre la tierra al eterno designio y por abismarse cada vez más en su seno. El murmullo viviente de la naturaleza entera es el eco confuso de una inmensa plegaria; desde el mugiente mar hasta las fuentes del valle, todo exhala un suspiro, todo balbucea un nombre, y ese grito que circula por el cielo de astro en astro todo lo deletrea aquí abajo: tan sólo el hombre lo articula. El Océano tiene su masa, el astro su esplendor: el hombre es el sér que reza: en esto no más consiste su grandeza!

» La palabra, fenómeno divino y sublime, misterio en el cual se encarna un alma humana en un sonido, le fué arrebatada al ángel y prestada á nuestros sentidos solo por encarnar á Dios en mortales acentos. Si la lengua no hubiera proferido ese símbolo, la inútil materia hubiera perdido la palabra. Pero desde el día en que se pronunció la gran palabra hasta el postrero de los días, el nombre que lo llena todo la llenará siempre. Es el instrumento que sirve al pensamiento inmortal, que lee en la naturaleza y que bendice por ella. La obra del género humano, desde las entrañas del

globo hasta esas letras de fuego, consiste en encontrar á su Dios!

» A la hora en que el dorado rayo matinal llega, llevado de hoja en hoja, hasta los sombríos bordes del antro, cuando las gotas balsámicas de la noche que lloran las estrellas se disipan en las praderas oreadas por la aurora; en el tranquilo esplendor de nuestras noches sembradas de ojos que parecen mirar desde léjos hermanas queridas; ante la inmensidad del compacto é intranquilo Océano que, cual segundo infinito, carece de límites; ante el callado horror de las selvas de verdes bóvedas pobladas de fantasmas durante la sonora noche; cuando el infinito descende á nosotros por algun poro, y nos toca, nos fulmina y nos hace caer de hinojos; cuando en el áxtasis de que participan dos corazones, tanto los hombres como las mujeres consideran el tiempo hartó reducido para contener sus almas y fundiéndose sus corazones á los rayos de sus ojos desearian eternizar esos cielos en la tierra; cuando derramamos sobre la misteriosa yerba copioso llanto por nuestros padres dormidos bajo la tierra; ó llevamos á descansar bajo el musgo esos frutos de nuestro amor prematuramente sazonados, ese nombre emblema universal de júbilo ó de tristeza, asomará por sí mismo á nuestros labios. Parece que el corazon saca de su inmenso seno lo que le falta ó derrama en él lo que de él rebosa. Así como al tocar un metal vibra y resuena, el alma humana en contacto con Dios lo exhala por cada fibra. El gozo, el dolor, el amor no tienen más que un sonido. ¡Oh Señor! El timbre de nuestra alma es tu nombre!

» Escribalo cada pueblo en simbolo más puro, segun la luz emanada de lo alto que hace revivir cada edad! Enseñad al niño el nombre del celeste Padre como si pusierais en sus la-

bios una gota de miel, para que al salir del seno de su madre saboree algo dulce antes de probar las amarguras de la vida. La madre hará que sus pequeñuelos balbuceen el nombre de Dios, mostrándoles con el dedo al invisible en todas partes, y cualquiera que sea el sonido con que le designe, ese nombre será la palabra con que el hombre saludará á sus semejantes! El nombre que invocará el inocente en testimonio, que deslumbrará de lejos los ojos del culpable, que el justo ultrajado, pero lleno de confianza, imprimirá en su seno como una conciencia; nombre que el débil opondrá á su persegidor, bajo cuyo amparo se pondrán la viuda y el huérfano, que tomará el leproso por amigo, el esclavo por defensor, el indigente por hogar, el proscrito por refugio: que todos los desdichados verán, desde el fondo de sus dolores, cual luciente rayo al través de sus lágrimas; nombre que acudirán los ángeles á recoger de los labios del hombre cuando se extinga en su lecho mortuario!

» Bendecidle tres veces cada día; reuníos en gran número y confundid vuestras voces; no para que vuestros acentos reforzados por el número, puedan resonar con más vigor en su oído endurecido, pues el que oye vegetar la yerba, y el paso de las hormigas y los latidos del corazón, no necesita eco que llene su templo; sino para que los unos sirvais de ejemplo á los otros para que la adoración de todos arda en cada uno, para que fundais en él de consuno vuestras almas; y para que el que mejor sepa saborear sus maravillas y de cuyos labios salgan más perfumadas plegarias, preste á aquellos cuya voz no acierte á encontrar suaves acentos, la astilla de su fuego para encender el incienso!

» Elegid entre vosotros los de alma más candorosa, los niños, los ancianos, los enfermos y las mujeres, los que sien-

tan más y suspiren mejor y levanten al cielo con más frecuencia sus ojos, para que dirijan sus oraciones al invisible Padre en favor de su pueblo, para que la familia prospere, y para que se cumpla su voluntad en la creación con bendición y alegría! Que imiten á porfía, para formar sus cánticos, los acentos más magníficos de la naturaleza, el murmullo del mar, el rayo de la tormenta, los lamentos de las ondas, los suspiros del aire, la luz del alba y el hálito de la rosa; que su entusiasmo lo anime todo, y á la manera de un segador, presente su haz de perfumes á las plantas del Señor!

» Entre los hijos más bondadosos de la mujer, hay hombres cuyos sentidos no oscurecen tanto el alma, de corazón movido y profundo como el agua, cuyo más leve contacto hace estremecer la piel, cuya mente, sujeta á delirios sagrados, se conmueve al sentir el dedo de Dios, y canta como las lirás; hombres que son cual ecos melodiosos diseminados por el universo para comprender su lengua y reproducir sus conciertos. En su trasparente y límpido pensamiento es donde mejor se reproduce la imagen infinita, y en él se ilumina y se tiñe de inefables colores la vasta idea en que se retrata el Eterno! Esos hombres, que huyen del bullicio y buscan los lugares solitarios, tienen amistosas é íntimas relaciones con el desierto; dirigiendo sus pasos hácia los arenales de las riberas, oyen voces que no llegan á nuestros oídos; saben lo que dice la estrella en su camino, el rayo al firmamento, la roca al mar, la ola á la arena de oro que parece adormecerla, el ruiseñor á la aurora y el corazón al suspiro. Sobre sus cabezas irradian las astas de los carneros. Oid sus plegarias, porque son vuestros profetas; escribid en la corteza, en la piedra ó en el bronce sus himnos sagrados, grabándolos en ellos para las edades futuras; imprimidlos en la dúctil memoria de los años como se perfuma el barro de una vasija nueva; y que el día que espira enseñe á los días nacies el clamor de todos los días, la voz de todos los tiempos! De este modo la invisible

estátua de Dios, revestida de fuerza y de grandeza por todos esos obreros cuya mano es su espíritu, crecerá de edad en edad á los ojos de los humanos, hasta que la tierra, en su divino lenguaje, acabe de pensamiento en pensamiento su imágen!...

»Pero si alguno de los que escuchéis pretende fascinaros con prodigios sagrados; si os dice que es el intérprete del cielo que ha puesto en sus manos el rayo ó algun talisman, que á su voz suspenden los astros su marcha, que obliga á la santa naturaleza á invertir sus leyes, que la piedra ó el árbol le responden con oráculos, y que para la razon hay otros milagros que no sean el órden universal, constante, misterioso, en que se patentiza á nuestros ojos la voluntad del Altísimo; si atribuye á Dios la inconstancia del hombre, si sus labios le designan con nombres terrestres, si hacen que lo veáis, sintais y toqueis, si os induce á adorar el mármol de su carne, ahogad en su corazon esa palabra inmunda; la razon es el culto, el altar el mundo!

»El cielo, la tierra y cuanto Dios encierra en un dia eterno, todo ha nacido de un solo gérmen; gérmen que es el pensamiento ó la ley de Dios, y que todas las cosas llevan con su forma en sí mismas. Todo nace, todo se nutre y diversifica de ese gérmen divino, ramificado por el tiempo, de suerte que todo es á la vez viejo y nuevo, que un mundo decrepito engendra otro mundo, que una cosa consumada da á la luz otra cosa, y que cada existencia es una apoteosis en que el sér produce al sér al descomponerse, y en que todo se perpetúa divinizándose! Así ha nacido el hombre, fruto viviente de la tierra; no, como Jehovah, completo y solitario, sino compuesto de dos, macho y hembra, para que su dualidad le revelase su fin, y para que la union del hombre y la mujer, que fecun-

da el cuerpo y completa el alma, fuese en él símbolo de la ley divina de amor y de unidad que debe refundirlo todo en sí mismo! ¡Ley profunda, merced á la cual el amor que deifica es el único que puede perpetuar la vida en esta baja tierra! Y el Eterno le dió voz para nombrarle, razon para verle, alma para adorarle! Para que estuviese en armonía con su cuerpo deleznable le dió sentidos de cieno y de barro, más para que llegase más allá de donde alcanza su vista limitada, le otorgó el sentido de la inmortalidad. Este sentido, más claro y más sutil en su primera aurora, fué el que iluminó los ojos del hombre recién salido de la nada con tan vivo y seguro resplandor, que le hizo ver su destino eterno con los ojos de la fé; pero más adelante, cuando aumentaron las sombras, cegados sus hijos por la duda, se engañaron y creyeron que la inmortalidad que la fé deparaba al hombre, era cosa innata en el venturoso hijo del Eden. El Inmutable no habita en el tiempo. Aproximando así el limite de los dos mundos, el hombre toca á la vez sus dos extremidades y está sujeto á las dobles leyes de estos dos destinos; al restituir al suelo su ruda envoltura, limpia sus viles sentidos del polvo que los cubre y devolviendo su sentido inmortal, trasformado por la muerte, á los elementos el cuerpo que han formado, segun que su trabajo lo corrompe ó lo purifica, se remonta ó se hunde con el peso de su naturaleza! Combatiendo de esta suerte dos naturalezas en su corazon, él mismo es el instrumento de su propia grandeza; dueño de su albedrio para subir ó abismarse, su noble libertad constituye su gloria ó su vergüenza, y cuando se ha despojado de su cuerpo material, subir ó bajar es el infierno ó el cielo. La libertad nos conduce entre el doble abismo del bien por la virtud y del mal por el crimen; pero la virtud se eleva para no bajar, al paso que el crimen expiado puede remontarse!

»La justicia divina es fecunda en misterios; no la compareis con las sombras de la tierra: la clemencia eterna va

siempre unida á los decretos de la justicia, y hasta en el infierno, el amor es el que castiga.

.....

»El código social, destinado á adquirir más amplio desarrollo, tiene en nuestra naturaleza un fundamento innato: ese inefable instinto de justicia suprema que protesta secretamente en nuestro interior contra nosotros mismos, invisible balanza en que pesan sus designios, cuyos platillos sólo la oracion es capaz de inclinar, desde el cuerpo ensangrentado del justo que se inmola hasta el cabello que cae y que nos arrebató el viento

.....

»Pero ese código, que el hombre ha trascrito por su mano, se transforma y se extiende con el espíritu humano. Nuestra razon, en la que Dios refleja su imágen, al desarrollarse progresivamente lo contiene más y más. Lo que hoy es justicia tal sea crimen algun dia. Cuando el hombre sepa aspirar más amor en el cielo, lo que ahora llama ley de la justicia le preparará la ley del sacrificio, ley más santa, en que el instinto fraternal hará que el hombre se sacrifique más espontáneamente por la humanidad!

.....

»Pues bien; hé aquí cuál es en nuestros tiempos, en que la razon se despierta, la ley que el corazon dicta y que el justo pone por obra:

.....

»¡Hombre! El hombre es tu hermano y vuestro padre Dios, quien te verá en todo tiempo y en todo lugar: no tendrás más fin ni guía que él, y hasta tu virtud estará vacía si él no la llena. Harás que su santa voluntad prevalezca en tu rebelde sentido, en tu espíritu sumiso. No maldecirás su mano por mucho que sufras ni perderás jamás la esperanza; porque mañana eleva lo que hoy humilla. Tú dirás: «Todo lo bueno

procede de él.» Le amarás con todo tu corazon, más que á tí mismo y á todas las cosas en él, porque él, que es tu padre, te ama! y para tributarle gloria y bendiciones, mezclarás tu alma con la creacion.

.....

No levantarás la mano contra tu hermano; no derramarás sangre alguna sobre la tierra, ni la de los hombres, ni la de los cuadrúpedos, ni la de los peces, ni la de las aves; un grito sordo que resuena en el fondo de tu corazon te prohíbe verterla, porque la sangre es la vida, y tú no puedes devolverla á quien se la quites. Te alimentarás únicamente con las rubias espigas que ondulan como las ondas en las laderas de tus valles, con el arroz que crece en sus cañas en tus riberas, manjares que se renuevan para tí todos los veranos; con las raíces y los frutos sazonados en las ramas, con el sobrante de los panales amasados por las abejas, y con todos esos dones del suelo en que la savia de la vida acude á ofrecerse por sí misma para mitigar tu hambre: la carne de los animales gritaría como un remordimiento, y la muerte engendraría la muerte en tu seno.

.....

»Beberás el agua del cielo que el manantial destila, sin exprimir en tu vasija de barro, ni los jugos de la adormidera que producen un soporífero sueño, ni el zumo embriagador de la vid de purpúreos frutos; la sabiduría infinita ha establecido con su dedo divino la armonía entre el alma y los sentidos. Tú la respetarás, la embriaguez la destruye; cuando la razon se extingue, tu alma queda sumida en tinieblas: Dios no se refleja mas que en una mirada clara y lúcida; quien la enturbia en su seno, es un suicida del alma!

.....

»Cuando tu padre hable, obedécele sin murmurar: porque ante Dios el padre está por encima del hijo; á él eres deudor de la vida y la palabra: sea, pues, para tí simbolo de toda au-

toridad, y si te dice que vayas, vé; y si que vuelvas, acude. Humillate ante él, sigue sus huellas, teme su enojo como temerías el de Dios, sírvele hasta la tumba sin exigir ni esperar recompensa alguna, honra su ancianidad con tierna piedad, pues tu bendición está en sus cabellos blancos, y cuando vaya á descansar en la otra vida, ocupa su puesto al sol, baja la cabeza y llora.

»Sólo tendreis hijos de una mujer, y para los dos un lecho y un alma; porque Dios os ha deparado una misma suerte al uniros, y el hombre y la mujer no son dos á sus ojos, sino uno solo. Una ley simbólica, un misterio visible hace que ambos sexos se multipliquen en número igual sobre la tierra, y cada pareja no tendrá en esa doble vida más que un pensamiento y una voluntad.

»No os casareis con las hijas de vuestras madres para no limitar el número de vuestros hermanos; y á fin de que la familia, dilatándose progresivamente, propague entre todos las ternuras de la sangre, jamás hareis que refluya en su curso esa sangre que, en vuestros corazones, procede del mismo origen.

»No establecereis esas separaciones de razas, tribus, pueblos y naciones, y cuando se os diga: «Esa raza es bárbara», «ese río os sirve de límite», ó «ese monte os separa», cortestad: «Un mismo Dios nos ve y nos bendice, el firmamento nos cubre y el cielo nos une.»

»No arrancareis la rama con el fruto: ¡gloria á la mano que siembra, baldon para la que daña! No dejareis la tierra árida y desnuda pues ¡vuestros padres la encontraron vestida por Dios. Los que sigan vuestras huellas algun dia deben pasar bendiciendo á sus padres á su vez.

»No recorrereis la tierra que os sustenta sacudiendo el pol-

vo de vuestros piés, como los animales que no trabajan y pastan en comun lo que crece á su paso. La amareis con cariño maternal; poseereis en ella vuestro lugar efimero como los hombres sentados al sol poseen unos tras otros sus rayos mientras dura el dia.

»Os la repartireis á medida que necesiteis sombra y alimento, designando á unos la colina y á otros el valle: la señalaréis con un linde y un nombre para que su virtud no duerma ociosa; pero que ella ame á su vez la mano que la cultiva, y que el árbol que crece para la posteridad diga á los pequeñuelos el amor que la ha plantado!

»Y multiplicaos como granos de arena, sin miedo de agotar su manantial inagotable ni de que sus montecillos multiplicados por vosotros desaparezcan bajo vuestras manos ó lleguen á faltar bajo vuestras plantas; porque aquel cuyo dedo cuenta sus criaturas sabe el número de espigas que contendrán vuestras futuras gavillas y la leche que contienen los ubérrimos senos; cuanto más se les exprime más dan de sí. Por un inconcebible y maternal misterio, el hombre fertiliza la tierra fatigándola; ninguna boca siente que se extinga su ternura; todo cuanto ha llevado en su seno, su seno puede alimentarlo. El único fin de su santa existencia parece ser el de trasformar en séres animados su sustancia: Dios tan sólo sabe que dia se detendrá, pero hasta entónces irá siempre en aumento su solicitud. La última partícula encerrada en su seno debe producir á su vez los resortes de la vida, para que cada átamo y cada elemento se conviertan á su vez en sentimiento é idea y elevándose á Dios desde la nada hasta el ángel, trasformen este fango en adoracion.

»Siempre que un hombre llegue á la vida, se medirá para él un trozo del gran manto de la madre comun en los oteros

que no tengan dueño; su mujer tendrá su parte y las dos no harán más que una, y cuando de sus amores nazcan otros hombres, esos campos se ensancharán para satisfacer su nueva hambre, y les dareis á todos, con un año de anticipacion, la miés el rebaño, el azadon y la simiente.

»No edificareis ciudades en vuestras llanuras, colmenas de naciones, hormigueros humanos, en que los hombres, perdiendo la impresion del cielo, se agitan y revuelven en el cielo y la corrupcion; sino que construireis vuestras casas ó plantareis vuestras tiendas en medio de los campos, y distantes de las otras, para que en el lecho del valle, en la ladera de la loma cada cual tenga su sol, su árbol, su agua, para que vuestros cuerpos no se hagan sombra por demasiado vecinos, para que os multipliqueis sin maldecir vuestro creciente número, y para que una gran porcion de los cielos recree vuestra vista con las maravillas del firmamento.

»Tu espíritu contemplativo, oh santa criatura, debe mezclarse de continuo con toda la naturaleza: que el hombre fraternice con cada elemento para elevarse desde la tierra hasta las celestes alturas.

»Que los hombres jamás se tropiecen al buscarse; que el rostro humano sea motivo de júbilo para el hombre; pues la muchedumbre al tropezar con él pervierte sus instintos y los hombres son malos cuando están en contacto con los hombres.

»Os auxiliareis en todas vuestras miserias, sereis los unos para los otros padres, madres, hijos: la carga de cada cual será la de todos, y la caridad vuestra justicia. El perdon único vengador, redimirá toda ofensa; la palabra servirá de juramento sin necesidad de jurar; vuestra sombra prestará sombra al transeunte, y en el umbral de vuestra puerta habrá siempre pan para el hambriento: dejareis algunos frutos

en las ramas para que el viajero pueda refrescar sus labios, y jamás acopiareis sino para algun tiempo, porque la tierra germina para vosotros todas las primaveras, y Dios que envía la lluvia y hace florecer las riberas, conoce el número de comensales que participarán del festin de los campos.

»No robareis jamás el campo de otro, porque lo que el hombre ha labrado con su sudor es suyo. No deseareis su mujer, porque la mujer del hombre es su cuerpo y su alma: arrebatarse de sus brazos este tesoro de su corazón, es robarle la parte de cielo que posee en la tierra!

»Os llevareis bien hasta con los mismos brutos, porque Dios, que los crió, quiere que el hombre los ame; aunque en diferentes grados, ellos tienen tambien su parte de inteligencia y de alma, y así lo reconocereis: leereis en sus ojos la aurora de la razon, dudosa como un sueño, que despunta y se eleva; no sofocareis esta vaga claridad, presagio de inmortalidad y de luz; la respetareis, porque el ángel la respeta. Entre el hombre y el insecto hay una cadena de mil eslabones, y ya sea el primero, el de en medio ó el último, no insulteis á ninguno de ellos, porque todos dependen de Dios!

»No los ultrajéis aplicándoles nombres inspirados por el enojo; no pagueis su trabajo con el látigo ó la vara. Para satisfacer á su costa vuestros brutales apetitos, no les robeis la leche de sus hijuelos; no les reduzcais á una servidumbre feroz destrozando sus bocas con bocados de hierro, ni les abruméis bajo el peso de onerosos fardos. Antes al contrario, haced que los laman la mano y os presten su lomo. Desde el mammoth al corcel, desde el águila á la víbora, todos tienen su parte en el dominio del padre. Comprended su naturaleza, suavizad su suerte: el pacto entre ellos y vosotros no consiste en la muerte; vuestra ignorancia es lo único que ha engendrado el odio entre su raza amiga y nuestra raza humana;